

PAMPLONA

11 de agosto.

Estoy en Pamplona y no sabría explicaros lo que me pasa. No había visto jamás esta ciudad, y me parece que reconozco cada calle, cada casa, cada puerta. Toda la España que vi en mi infancia se me aparece aquí como el día en que vi pasar la primera carreta de bueyes. Se borran treinta años de mi vida; vuelvo á ser *el niño, el chiquito francés*, como me llamaban. Todo un mundo que dormía en mí se despierta, revive y hormiguea en mi memoria. Yo lo creía casi borrado, y está más resplandeciente que nunca.

Esto es, realmente, la verdadera España. Veo plazas porticadas, pavimentos de mosaicos de guijarros, barcos con toldos, casas pintadas á franjas, que me hacen palpar el corazón. Me parece que era ayer. Sí, yo entré ayer bajo esa gran puerta cochera que da á una escalerilla; el otro domingo compré, yendo de paseo con mis jóvenes camaradas del se-

minario de nobles, no sé qué tortas picantes (*rós-quillas*) en esta tienda de cuyo frontón cuelgan dos pellejos de macho cabrío para poner vino; yo he jugado á la pelota á lo largo de esta pared, detrás de una iglesia vieja. Todo eso es para mí cierto, real, distinto, palpable.

Hay algunos zócalos de fachadas pintados imitando mármoles extravagantes que me enamoran. He pasado dos horas deliciosas frente á frente de un viejo postigo verde á pequeños recuadros que se abre en dos mitades, de modo que forma una ventana si se abre la mitad y un balcón si se abre por completo. Ese postigo estaba hace treinta años, sin que yo me diera cuenta de ello, en un rincón de mi pensamiento. Y he dicho: ¡Toma! ¡Este es mi viejo postigo!

¡Qué misterio es el pasado! ¡Y cuán cierto es que dejamos algo de nosotros mismos en los objetos que nos rodean! Los creemos inanimados y, sin embargo, viven; viven la vida misteriosa que les hemos dado. A cada fase de nuestra vida despojamos por completo nuestro ser, y lo olvidamos en un rincón del mundo. Todo ese conjunto de cosas indecibles que ha sido parte de nosotros mismos permanece en la sombra, formando un todo con los objetos en que nos hemos identificado sin apercibirnos. Un día, finalmente, vemos por casualidad aquellos objetos; surgen ante nosotros bruscamente, y veis que en el propio instante nos restituyen nuestro pasado, con todo el poderío de la realidad. Es como una súbita luz; nos reconocen, se hacen reconocer por nosotros, nos entregan, completo y deslumbrante, el depósito de nuestros recuerdos, y nos devuelven un agradable fantasma de nosotros mismos, el niño que jugaba, el joven que amaba.

Ayer, pues, salí de San Sebastián.

Las montañas producen dos clases de carreteras: las que culebrean á ras del suelo, como las víboras, y las que serpentean ondulando en resaltos, como las boas. Perdonadme estas dos comparaciones que hacen sensible mi idea. La carretera de San Sebastián á Tolosa es de la última especie; la de Tolosa á Pamplona, de la primera. Esto es, la carretera de San Sebastián á Tolosa sube y baja por la cúspide de las colinas, y la carretera de Tolosa á Pamplona sigue las sinuosidades de los valles. La una es encantadora, la otra agreste.

Al dejar San Sebastián di una ojeada á la península, al mar que se blanqueaba soberbiamente en la arena, al monte Urgull, y á los tres conventos que fueron incendiados á las puertas de la villa, uno por los cristinos y dos por los carlistas.

Hernani no tiene monumentos—una iglesia cualquiera, cuya puerta á la *pompadour* es, no obstante, muy rica, y un *ayuntamiento* insignificante—; pero Hernani tiene un admirable paisaje y una calle que vale una catedral. La calle mayor de Hernani, adornada á ambos lados de esculpídos blasones, de preciosos balcones, de puertas señoriales, cerrada por vieja poterna arruinada, que ostenta en este momento, en lugar de almenas, grandes matas de capuchinas en flor, es un libro magnífico donde puede leerse, página por página, casa por casa, la arquitectura de cuatro siglos.

He lamentado, al recorrer la ciudad, que nada indicara al paso la casa en donde nació Juan de Urbietta, ese capitán español á quien tocó, en la jornada de Pavía, el honor de hacer prisionero á Francisco I. Urbietta se portó como un caballero y Francisco I como un rey. España debe á Urbietta una lápida de mármol en la calle mayor de Hernani.

Por lo demás, estas montañas están llenas de nom-

bres ilustres. Motrico es la patria de Churruca, que murió en Trafalgar. Sebastián de Elcano, que dió la vuelta al mundo en 1519 (fijaos en la fecha), y Alonso de Ercilla, que escribió un poema épico, nacieron el uno en Guetaria y el otro en Bermeo. El valle de Loyola vió nacer en 1491 á Ignacio, que de paje llegó á santo, y el puente de Laredo vió desembarcar, viniendo de Alemania para dirigirse á Yuste, á Carlos V, que de emperador se hizo monje.

Tolosa, que es la antigua Iturissa, es más graciosa que Hernani, y tiene más vida y más riqueza, pero menos grandeza y solemnidad.

A pesar de la llovizna que caía desde por la mañana, vi toda la ciudad. Algunas casas viejas, una de ellas construída en tiempo de Alfonso el Sabio, el rey astrónomo; una bonita iglesia, convertida en depósito de forrajes; los dos lindos ríos, el Oria y el Araxes, es cuanto he visto merced á mi diligencia.

En la delantera de un primer piso de la calle Mayor hay una inscripción en mármol negro que empieza por *Sic visum superis* y termina con *el emperador le... caballero*. Había empezado á copiarla; pero tan inaudita acción ha producido en pocos minutos tanta afluencia á mi alrededor que renuncié á la inscripción. En este momento en que los ayuntamientos tiemblan como la hoja, he temido promover por inadvertencia una revolución en Tolosa.

Hernani, en donde había pasado de niño y cuyo recuerdo conservaba, ofrece, más que Tolosa, fisonomía española. Las catorce diligencias que parten todos los días de Tolosa, se llevan cada mañana algo de sus antiguas costumbres, de sus antiguas ideas, de sus antiguos trajes, de lo que hace, en fin, vieja á España.

Además, en Tolosa se trabaja. Hay la fábrica de sombreros de Urbietta, una manufactura de papel, muchas fábricas de correas, de clavos, de herraduras,

de marmitas de hierro batido, de barandas de balcón de hierro labrado, de sables y de fusiles; toda la montaña está llena de fraguas. Ahora bien; si algo puede transformar á España, es el trabajo.

España es especialmente el pueblo hidalgo que, durante tres siglos, se ha hecho mantener sin hacer nada por las Indias y las Américas. De ahí las calles blasonadas. En España se esperaban los galeones como en Francia se vota el presupuesto. Tolosa, con su actividad, su industria, sus molinos, sus torrentes, sus arboledas, sus yunques y su ruido, se parece á una bonita ciudad francesa. Parece como que haya de importunar con sus zumbidos á Castilla la Vieja, su vecina, y que ésta más de una vez ha debido sentirse tentada de volverse, medio amodorrada como está, para decirle:—¡Cállate!

Mientras me estaba apeando en la puerta de la fonda de Tolosa, una nube de sirvientas de saya corta y piernas desnudas, atentas, cordiales y algunas bonitas, me rodearon y se apoderaron de mis maletas. Todas procuraban decirme alguna palabra en francés.

Esta madrugada, á las tres, mucho antes de amanecer, como veis, me he instalado en el cupé de la diligencia de la *Coronilla de Aragón*, y he salido de Tolosa.

Hemos atravesado la calle y el puente y emprendido por la carretera en plena noche oscura, al galope furioso de ocho mulas acosadas, excitadas, fustigadas, espoleadas, aguijoneadas, exasperadas por tres hombres.

Uno de esos tres hombres era un niño, pero valía por sí solo cuanto los otros dos juntos.

No parecía tener más allá de ocho ó nueve años. Ese adusto chicuelo, que antes de partir había entre-

visto á la luz de la linterna de la cuadra, con su sombrero á lo Enrique II, su blusa de payaso y sus polainas de cuero, tenía perfil árabe, ojos rasgados y la mejor apostura del mundo. Apenas montó á caballo, se transfiguró; parecíame ver un gnomo que se hubiera hecho postillón. Era casi imperceptible sobre un inmenso mulo, como enroscado en la silla; blandía en su bracito un monstruoso látigo y á cada golpe hacía saltar el tiro y precipitaba con la cabeza baja todo aquel enorme atalaje que sonaba, bamboleaba y saltaba, rodando por los puentes y las calzadas con el ruido de un terremoto. Era la mosca del carruaje, pero ¡qué formidable mosca!

Figuraos un demonio arrastrando al trueno.

El mayoral, sentado á la derecha de la delantera, grave como un obispo, sacudía como un espectro una gigantesca fusta cuya punta alcanzaba al octavo mulo á la extremidad del tiro y cuya picadura parecía de fuego. De vez en cuando gritaba: *¡Anda, niño!* Y el pequeño postillón se inclinaba furioso sobre su mula, y todo brincaba como si el coche volara.

A la izquierda del mayoral se hallaba un mocetón de unos veinte años casi tan fantástico como el postillón. Era el zagal. Aquel extraño muchacho, que iba ceñido de una cuerda, calzado de cualquier cosa, vestido de harapos y cubierto con una boina, arriesgaba su vida veinte veces por hora. Cada minuto se arrojaba al suelo, saltaba de un bote á la cabeza del tiro, insultaba á las mulas, las llamaba por sus nombres con gritos ensordecedores: *¡La capitana!* *¡La gallarda!* *¡La generala!* *¡Leona!* *¡La carabinera!* *¡La colegiala!* *¡La carcaña!*; fustigaba, picaba, pellizcaba, mordía, soltaba puñadas y puntapiés, ponía al triple galope la diligencia, á la que no podía seguir al parecer y se le adelantaba con la velocidad del rayo, y cuando le creíamos á un cuarto de legua atrás, en el

momento más rápido de la carrera, un hombre que parecía lanzado por una bomba caía de pronto en el asiento al lado del mayoral. Era el zagal que volvía á sentarse.

Y se sentaba lo más tranquilamente del mundo, sin estar cansado, ni jadeante, sin una gota de sudor en la frente. Un avaro que acaba de dar un maravedís á un pobre, está, con seguridad, más sofocado. Quien no ha visto correr á un zagal navarro por la carretera de Tolosa á Pamplona, no sabe aún lo que vale el famoso proverbio: *correr como un vascongado*.

Yo sentía pesadez de cabeza producida por esa especie de sueño en que el cansancio de una mala noche, el aire fresco de la mañana y el rodar del coche sumen al viajero. Ya conocéis esa somnolencia vaga y transparente á la vez en que el espíritu flota semianegado, en que las realidades que se perciben confusamente tiemblan, se agrandan, vacilan, se borran y se convierten en sueños al par que siguen siendo realidades. Una diligencia se transforma en torbellino, sin dejar de ser una diligencia. Los labios de las personas que hablan suenan como trompas; en las paradas la linterna del postillón resplandece como Sirio: la sombra que proyecta en el pavimento parece una inmensa tela de araña que agarra al coche y lo sacude entre sus entenas. Así, á través de ese creciente ensueño, se me aparecían las ocho mulas y los tres postillones.

Pero ¿acaso no hay á veces razón en las alucinaciones, verdad en los sueños? ¿Y los estados extraños del alma no están llenos de revelaciones?

Pues bien: ¿he de decíroslo? En esa situación en que tantos filósofos han tratado de estudiarse á sí mismos, presentábanse á mi imaginación algunas dudas singulares, algunas preguntas caprichosas y nuevas. Yo me preguntaba: ¿Qué es lo que puede

pasar, qué es lo que pasa en el interior de esas pobres mulas, que, en la especie de sonambulismo en que viven, vagamente iluminadas por los vacilantes resplandores del instinto, ensordecidas por cien casca- beles en sus oídos, casi cegadas por las anteojeras, aprisionadas por las guarniciones, asustadas por el ruido de las cadenas, las ruedas y los empedrados que les sigue sin cesar, sintiendo encarnizarse sobre sí, entre aquellas sombras y aquel tumulto, tres demonios á quienes no conocen, pero que sienten, que no ven, pero que oyen? ¿Qué significa para ellas ese sueño, esa visión, esa realidad? ¿Es un castigo? ¿Si no han cometido ningún crimen! ¿Qué piensan del hombre?

Amigo mío, el alba empieza á apuntar; un rincón del firmamento iba aclarándose con esa luz siniestra que tiene siempre la primera claridad de la madrugada; todo lo que vive vida determinada y precisa dormía aún en los nidos bajo las hojas y en las cabañas escondidas en el bosque; pero me parecía que la naturaleza no dormía. Los árboles entrevistos en la obscuridad como fantasmas, se destacaban poco á poco de la bruma entre las profundas gargantas de Tolosa y aparecían por encima de nosotros en el límite del cielo, como si asomaran la cabeza por encima la cumbre de las colinas; las hierbas se estremecían en el borde del camino; en las rocas, algunos matorrales negros y confusos se retorcian como con desesperación; no oía ningún ruido, ninguna voz, ningún lamento; pero, os lo repito, parecíame que la naturaleza no dormía. Parecíame que iba despertándose poco á poco á nuestro alrededor, y que en aquellos árboles, en aquellas hierbas, en aquellos matorrales estaba ella, la madre común, que se asomaba en un dolor inefable, y una inexplicable compasión, desde el borde del camino y desde lo alto de las

montañas, para ver pasar y sufrir en aquella carrera llena de tinieblas á aquellas pobres y asustadas mulas, aquellos animales abandonados y miserables que son hijos suyos como nosotros, y que viven más cerca de ella que nosotros.

¡Oh, amigo mío! ¡Si la naturaleza nos mira efectivamente á ciertas horas, si ve las acciones brutales que cometemos sin necesidad y como por deleite, si sufre por las cosas malas que hacen los hombres, cuán sombría es su actitud y cuán terrible su silencio!

Nadie ha sondeado esos problemas. La filosofía humana se ha ocupado poco del hombre fuera del hombre, y sólo ha examinado superficialmente y casi con una sonrisa de desdén las relaciones del hombre con las cosas y con la bestia que á sus ojos no es más que una cosa. ¿Pero acaso no hay en esto grandes abismos para el pensador?

¿Hemos de creernos insensatos porque tenemos en el corazón el sentimiento de la compasión universal? ¿No existen ciertas leyes de misteriosa equidad que se desprenden del conjunto de las cosas, y á las que ofenden las vías de hecho ininteligentes é inútiles del hombre sobre los animales? No hay duda que no puede negarse la soberanía del hombre sobre las cosas; pero la soberanía de Dios es antes que la del hombre. Ahora bien: ¿opináis, por ejemplo, que el hombre haya podido, sin violar alguna secreta y paternal intención del creador, hacer del buey, del asno y del caballo los presidiarios de la creación? ¡Está bien que les haga servir, pero que no les haga sufrir! Hágalos morir, si es preciso; está en sus necesidades y en su derecho; pero al menos, é insisto en ello, que no les haga sufrir inútilmente.

Por mi parte, opino que la compasión es una ley como la justicia, que la bondad es un deber como la

probidad. Todo ser débil tiene derecho á la bondad y á la compasión del ser fuerte. El animal es débil, puesto que es ininteligente. Seamos, pues, buenos y compasivos con él.

Hay en las relaciones del hombre con las bestias, con las flores, con los objetos de la creación, toda una extensa moral apenas entrevista, pero que acabará por abrirse paso y será el corolario y el complemento de la moral humana. Yo admito las excepciones y restricciones que son innumerables; pero para mí es cosa cierta que el día en que Jesús dijo: «No hagáis á otros lo que no quisierais os hicieran á vosotros»; en su pensamiento *otros* tenía una acepción inmensa; *otros* iba más allá del hombre y abarcaba el universo.

El objeto principal para que ha sido creado el hombre, su gran finalidad, su gran función, es amar. Dios quiere que el hombre ame. El hombre que no ama está por debajo del hombre que no piensa. En otros términos, el egoísta es inferior al imbécil, el malo está más bajo en la escala humana que el idiota.

Cada cosa en la naturaleza da al hombre el fruto que lleva, el bien que produce. Todos los objetos sirven al hombre, según las leyes que le son propias; el sol da su luz, el fuego su calor, el animal su instinto, la flor su perfume. Es su manera de amar al hombre. Siguen su ley, á la que jamás se niegan ni jamás la eluden; el hombre debe obedecer á la suya. Es necesario que dé á la humanidad y que devuelva á la naturaleza lo que constituye su propia luz, su calor, su instinto y su perfume, el amor.

No hay duda que este era su primer deber—y por ahí hase debido empezar, y los varios legisladores del espíritu humano han tenido razón en prescindir de otro cuidado alguno por este—, era necesario civilizar al hombre para el hombre. La tarea está ya muy

avanzada y hace cada día nuevos progresos. Pero hay que civilizar también al hombre para la naturaleza. En este sentido está todo por hacer.

Este es mi ensueño. Tomadlo como es; pero sea lo que fuere lo que opinéis de él, os declaro que nace de un profundo sentimiento que creíste en mí. Ahora, meditemos más eso; hablemos más de ello. Hay que arrojar la simiente y dejar al surco que haga.

12 de agosto.

¿Qué queréis que os diga? Estoy encantado. Este es un país admirable, muy curioso y muy divertido. Mientras llueve en París, yo tengo aquí el sol, y el cielo azul, y apenas las pocas nubes que se necesitan para simular magníficas humaredas en las montañas.

Todo es aquí caprichoso, contradictorio y singular; es una mezcla de costumbres primitivas y de costumbres degeneradas; candor y corrupción; nobleza y bastardía; la vida pastoral y la guerra civil; indigentes que tienen aires de héroes y héroes que hacen cara de pordiosero; una civilización antigua que acaba de consumirse en medio de una naturaleza joven y una nación nueva; lo viejo que nace, lo rancio que es fresco. Es inexplicable. Sobre todo es divertido.

País único donde lo incompatible se casa á cada momento, á cada paso, á cada esquina. Las criadas de la mesa redonda se emperifollan como duquesas para recibir algunos cuartos. Mirad esa aldeanita que pasa; su hermosura sorprende, su tocado arrebatada, elegante y adornada como una imagen; bajad los ojos, y veis una horrible falda andrajosa de la que salen unos pies grandes, descalzos y sucios, y la imagen

termina en mozo de mulas. El vino es execrable, sabe á pellejo; el aceite es abominable, sabe á no sé qué; la muestra de todas las tiendas os ofrece lo mismo: *Vino y aceite*. Las calles anchas tienen aceras, los mendigos usan alhajas, las cabañas ostentan blasones, los habitantes no llevan zapatos. Todos los soldados tocan la guitarra en todos los cuerpos de guardia. Los curas se encaraman al imperial, fuman cigarros, miran las piernas de las mujeres, comen como tigres y están delgados como clavos. Los caminos están sembrados de pintorescos pordioseros.

¡Oh España decrepita! ¡Oh país nuevo! ¡Grande historia, gran pasado, gran porvenir! ¡Presente feo y miserable! ¡Oh miserias! ¡Oh maravillas! Os sentís repelido, os sentís atraído. Lo repito, es inexplicable.

Por la noche volvéis á ver á esos mismos pordioseros en la cúspide de las colinas, con una carabina al hombro, proyectando sus siluetas en el cielo.

La garganta que conduce desde Tolosa á Pamplona, sería célebre si fuese vista. Pero es uno de esos caminos que nadie toma. Un viaje en zizás por España sería un viaje de descubrimientos. Hay siete ú ocho grandes carreteras; todo el mundo las sigue. Nadie conoce los lugares intermedios.

Por lo demás, Europa está amenazada de igual contingencia. El desamparo de las regiones intermedias, es tal vez uno de los resultados probables y temibles de los ferrocarriles. La civilización hallará seguramente el remedio, pero es preciso que lo busque.

Hay una clase de personas, de inteligencias, si queréis, á quienes el entusiasmo fatiga ó rebaja, y que salen del paso, delante de todas las bellezas del arte ó de la creación, con esta frase hecha: Siempre lo mismo. Para esos profundos desdeñosos, ¿qué es